

# UNA LANZA POR LA PUERTA DEL SOL

Sabemos que el centro es el punto equidistante de todos los puntos de la circunferencia. Pero en la naturaleza son poco frecuente las verdaderas circunferencias. También el centro es el punto interior de la esfera equidistante de todos los puntos de la superficie. Mas venimos a nuestro propio estuche, la esfera terrestre, y resulta que no es todo lo esfera que debiera por culpa de su achatamiento por los polos. El centro es una definición política. Pero es rara la pureza de un centro-centro, y frecuente el centro-izquierda y el centro-derecha, fracciones donde todavía caben los centristas, izquierdistas y derechistas de la propia fracción. (Nosotros, naturalmente, dentro de la ordenada concurrencia.) El centro, pese a su aparente olor a ciencia exacta, es palabra procreadora de muchas palabras tirando a ambiguas. Central sugiere kilovatios-hora; centralita suena con una voz muy femenina; centralismo, a tema delicado; concentración parece aludir a fiesta con banderas, salvo que se le anteponga «campo de». Etcétera, etcétera.

Y el hombre, dándole a su obsesión de señalar el centro de las cosas. Un romano locuaz que se gana la vida enseñando la Apia y otras vías a los turistas, me confesó una tarde de «ferragosto», quizá ganado por una cerveza urgente, que él inventaba cada día el centro exacto de la urbe. Después de todos esos trucos de los muros venerables que hacen de teléfono («¿Me oyes, querido?» «Sí, sí, te oigo»), de las monedas en las fuentes y de mesarle la barba a un Papa de piedra -esto las señoritas que quieren casarse-, el hombre provoca un reposo de la tropilla en cualquier lugar confortable y señala para el suelo sin titubear: «Stop! Please. Just here, ladies and gentlemen...» - aunque haya alguno de Calabria-. Cuenta que nunca faltan los joh! y los jah! con algún que otro clic de máquinas fotográficas.

En España nuestro centro geográfico está cerca de la capital de la nación. No es más que una idea, algo así como creer lo que no vemos. Una vez, rodando por aquella paramera, se lo señalaba yo a mi compañero de viaje, pero él estaba mirando con los ojos de otra fe, envidiable, conmovedora, y preguntaba «qué se sentirá comulgando aquí... y en primer viernes.» El Cerro de los Ángeles es hermoso nombre para una devoción.

Pero lo más frecuente es ir por instinto, con el pensamiento, al mismísimo Madrid, «rompeolas de las cuarenta y nueve provincias españolas», las que se contaban en tiempos de Machado. Y en Madrid, desde luego, a la Puerta del Sol. A mí

me inclinaron, cuando niño, a una casi veneración por esa losa que junto al antiguo Ministerio de la Gobernación reza «Km. 0». Es el arranque para la medición de las carreteras radiales, el corazón de donde parten las grandes arterias que llevan el latido de la capital a las lejanías costeras y fronterizas. También -y acaso más- por donde le llega a Madrid su pulso más seguro. Yo creo que no soy solo, que muchos transeúntes por la Puerta del Sol toman conciencia de esta centralidad del asfalto que pisan.

Pues, bien. Hoy, de pronto, tropiezo con una noticia que me confunde. Nada menos que por sentencia de la Audiencia Territorial, el centro del terreno urbano destinado a vial, dentro del término municipal de Madrid, no se halla situado en la Puerta del Sol. Es, exactamente, en el cruce de las calles Serrano y Goya. El cuadro de Goya (esquina a Serrano) es un cuadro más bien tranquilizador, conservador y señor. La gente no parece llevar excesivas urgencias. Hay paseantes junto a los propiamente viandantes. En los alrededores, una iglesia que quiso ser gótica; una tienda primorosa -«todo para el perro»-; algunos comestibles, pero «Delicatessen»...

Comprendo que esta definición jurídica del centro de gravedad madrileño sigue siendo lo que apuntábamos antes, al hablar del cerro piadoso: una idea. Hubo que hacerla, al parecer, porque de ella se derivan ciertas consecuencias, no sé si la instalación de gasolineras o de farmacias. Pero a mí, que me perdonen. Me quedo con la Puerta del Sol. Hay que ser fieles a los principios, y uno vino la primera vez en un pescadero de La Coruña -aquellos camiones locos por llegar «a la fecha»-, sólo para comer las uvas en la plaza más céntrica, bulliciosa y jaranera de España. Y eso que lo que empezaba era un año de poco pan.

**Antonio PEREIRA**